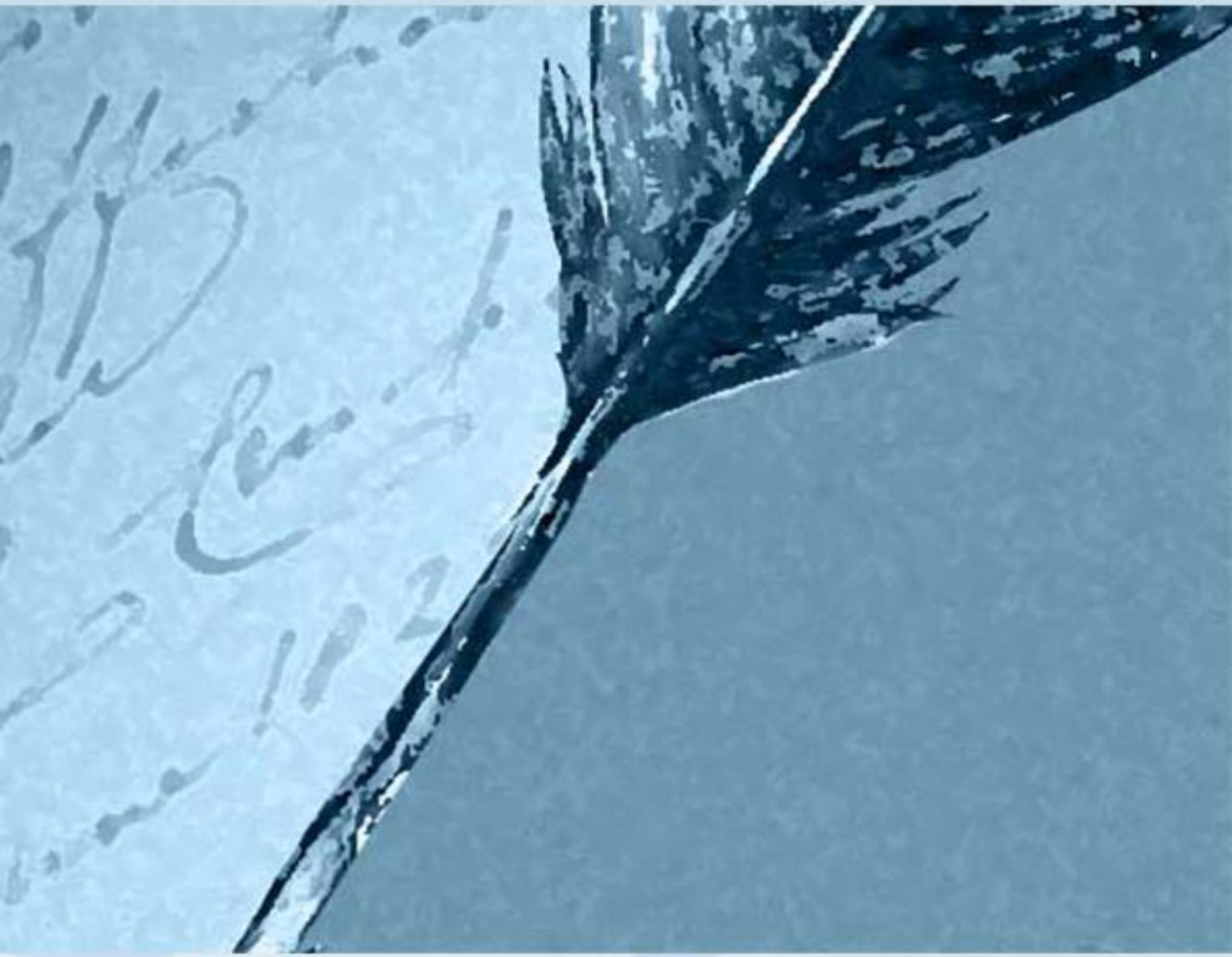
Zardoya, Concha

ANTOLOGÍA POÉTICA



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2024

Antología poética

de

Concha Zardoya

NOTA PRELIMINAR

Para esta antología se ha seleccionado un poema de cada uno de los treinta y nueve libros de poesía que Concha Zardoya publicó entre 1946 y 2004. La autora dio a conocer su *opera prima* a los treinta y dos años, poco antes de expatriarse a Estados Unidos y doctorarse en poesía española contemporánea, y no dejó de escribir y publicar hasta su fallecimiento.

Los poemarios de Concha Zardoya suelen incluir un poema-leitmotiv, transcrito a veces en cursiva y colocado en un lugar estratégico —ora el prólogo o la coda, ora la apertura o cierre de alguna sección relevante, frecuentemente también homónima al título del poemario—. Este es el poema incluido en las páginas que siguen, salvo que ya haya sido difundido en otros medios; es decir, el criterio para elegir los poemas se ha combinado con otro, que ha primado sobre aquel: que, hasta la fecha, no estuvieran recogidos en otras antologías accesibles o publicados en revistas o Internet, con la excepción de algunos poemas pertenecientes a libros que están en acceso abierto en su totalidad, la mayoría gracias a la labor de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Todos los poemas están extraídos de las ediciones originales y están transcritos respetando escrupulosamente las formas allí escogidas, salvo las actualizaciones ortográficas y eventuales erratas —que se indican en nota— y algunas decisiones tipográficas que se han homogenizado, como las aludidas cursivas o la primera palabra de cada poema, casi siempre enteramente en mayúsculas —en *Corral de vivos y muertos* (1965) incluso se amplía a todo el primer verso— y que se transcriben aquí en minúsculas. Se sigue así el criterio, aunque son minoría, de *Pájaros del Nuevo Mundo* (1946), *Las hiedras del tiempo* (1972), *Diotima y sus edades* (1981), *Ritos cifras y evasiones* (1985), *El don de la simiente* (1993), *Sintonimias del adiós* (2002) y *Ronda del arco iris* (2004). Como en el caso anterior, suelen ir en versales los títulos de los poemas en la mayoría de editoriales donde publicó Zardoya, decisión que impide apreciar las mayúsculas interiores, cuando las hay. Por ello, también en los títulos de la presente antología se utiliza la mayúscula solo cuando resulta prescriptivo a comienzo de palabra.

Glasgow, 16 de octubre de 2023, Día de las Escritoras

Elia Saneleuterio Temporal
(Universitat de València)

ÍNDICE

Pájaros del Nuevo Mundo

Pájaro del trópico

Dominio del llanto

Sin olor

La hermosura sencilla

La hermosura sencilla

Los signos

Los signos

El desterrado ensueño

¿Dónde el límite, Dios, de aquellas rocas?

Mirar al cielo es tu condena

La aurora

Debajo de la luz

La ventana

La casa deshabitada

La casa deshabitada

Elegías

Romancillo para mi muerte

Corral de vivos y muertos

Dos iras implacables

Donde el tiempo resbala (Romancero de Bélgica)

Brujas

Hondo Sur

Hondo Sur

Los engaños de Tremont

Final (Los engaños desdoblan sus espejos)

Las hiedras del tiempo

Los cielos interiores

El corazón y la sombra

La sombra transparece

Diotima y sus edades

Autorretrato

Los ríos caudales. Apología del 27

Los ríos caudales

Manhattan y otras latitudes

Vividas latitudes se entrecruzan

Retorno a Magerit

El bosque

Poemas a Joan Miró

Tus signos son secretos

Forma de esperanza

La piedra disonante

Ritos, cifras y evasiones

Ritos, cifras y evasiones

No llega a ser ceniza lo que arde

No llega a ser ceniza lo que arde

Los perplejos hallazgos

Los perplejos hallazgos

Altamor

Coda final

Gradiva y un extraño héroe

Extraño héroe

La estación del silencio

Cementerio de los Ingleses (Elegía a Jorge Guillén)

Un dios que nos domina

La palabra es un dios

Patrimonio de ciegos

¿Qué dice la metralla?

El don de la simiente

Plural designio

Marginalia

Marginalia

Antes que las palabras

Despertar

Ciudadanos del Reino

Ciudadanos del Reino

Senecta

Las puertas de la Nada

Última Thule

Ley de Vida

Final germinación

La risa de Dios

Sintonimias del adiós

Sintonimias

Alrededores míos

Alrededores míos

Ronda del arco iris

Ronda del arco iris

Pájaro del trópico

Exhalación o vaho,[1]
así emerges. No vuelas como todas
las aves de otros climas.
Te emana el platanar y el mismo fuego
de las vírgenes tierras,
allá por las raíces enlazado
al corazón del mundo.

En el aire no hay aire.
Esas alas que tienes no te sirven
para ascender radiante
a la luz casi heráldica
y casi llama viva,
al cielo que es metal o solo espejo.

Tornasoladas plumas no te bastan
para vencer la atmósfera,
los nudos de las ciegas lianas verdes,
el torpor voluptuoso adormecido,
la emanación caliente,
el respirar sagrado de las flores,
de los gigantes árboles.

El sueño flota, pende y reverbera.
La opacidad difusa aquí no existe.
Y la luna cuaja
su lividez en oro,
nocturno ardor lumíneo.

En el nopal anidas, la serpiente
suele ser compañera en la espesura,
como tú refugiada en lo más hondo,
si el firmamento es rojo al mediodía.

Los salvajes tambores vegetales
a un rito misterioso te convocan:

tú yerras, ondulante, fulgurando,
mas luego los insectos son tu guía.

De la estirpe volátil ya en olvido,
arrastrándote apenas, estirándote,
el arbóreo plumaje vas abriendo
y entreabriendo las frutas
hasta llegar al centro de la selva.
Allí ululan dolientes chirimías,
las melodiosas flautas:
resucitados indios
se quejan y así lloran a sus muertos.
Tú los miras aún con la mirada
del pájaro ancestral que fue tu origen.

Mientras tanto, las aguas, fluvialmente,
arden puras quemándose,
hasta ser esmeraldas, el rubí,
los girasoles ópalos
o el ámbar perfumado.

… … … … … … … … … … … … …
… … … … … … … … … … … … …

Tú de nada te asombras. Y así vives,
en secreto añorando
la ligereza aérea de los tuyos
que golondrinas son o ruiseñores,
te llames colibrí o paraíso,
te llames simple pájaro.

Sin olor

He hundido en la fosa mi cabeza
para oler el perfume que han dejado
tus huesos que ahora salen de la tierra
en deshecho ataúd de viejas tablas.

Ni una aroma[2] final, ni podre seca,
ni ese trébol que crece subterráneo,
ni ese aroma que tiene la ceniza.
Nada exhalan tus huesos blancos, puros.

¿Acaso la luz huele en el sendero,
en las altas mañanas del verano?
¿Acaso huele el alma de los hombres?
¿Acaso huele Dios a sacra mirra?

La hermosura sencilla

Tus pasos de silencio nadie oye,
ni el aire de tu aliento por el mundo,
aunque las puertas abres con un signo
en la noche lustral de ciertos sueños.

No escuchan cómo avanzas por el humo,
desvanecido gris de lenta escoria
que en brazos de los cielos se disuelve.
No saben que Tú fluyes como el Tiempo[3].

Azulada tu sombra, a veces, surte
de los árboles bellos, de las flores,
exhalando un aroma delicado,
un perfume ya joven o vetusto.

Los signos

Tienen alma las manos, tienen signos,
inefables señales que en el mundo
nos dejan y aparecen como flores
donde es fácil hallar graciosa vida.

Si en los dedos hay ríos bien ocultos,
las palmas pueden ser quizá llanuras
y el claro manantial que se enamora
cuando un contacto viene a sorprenderlo.

Si los labios las besan y acarician,
¿no pueden ser un ave sonrosada,
esa íntima alondra que defiende
su corazón callado o tal vez mudo?

Fácilmente se palpan con ternura
y es fácil comprenderlas y adorarlas,
porque mentir no saben cual la boca,
ni saben del rubor de la mejilla.

Las frentes nos señalan su perfume
y también los violines que las temen.
Las veo dialogar con esos árboles,
cuando el viento las ciñe en primavera.

¿Dónde el límite, Dios, de aquellas rocas?

(Toledo, I)

¿Dónde el límite, Dios, de aquellas rocas
que tu mano dejara en mi Castilla?
¿Dónde nacen los quicios y las torres?
¡Todo se encarna allí con mutuo anhelo!

Imprecisas, las calles serpentean
en revueltas que quieren evadirse
de su materia gris, alzar sus alas
al mundo de tus vientos, de tus aves.

Y trepan, se deslizan, se derrumban...
Hay declives que asoman parda hierba
al lento y suave espejo de las aguas:
otra ciudad emerge, revertida.

En extraño equilibrio se levanta
a los azules cielos que le diste,
esperando alcanzar quizá tu mano
que no quieres tender al alma mía.

La Catedral es humo, va ascendiendo,
en un ansia final de ser luz tuya.
El arrebol celeste de la tarde
la transfigura en leve nubecilla.

Yo la miro alejarse como un sueño,
navegar por el mundo de la nada.
Ni melodía ya, ni instante dulce.
La ausencia es una noche detenida.

La aurora

No nacida la luz, tú la presientes.
En doloroso anhelo te despiertas,
cercada todavía por las sombras
que sueñan con tu amor y retenerte.

No dejan que te asomes a la vida
por no verte gozar ni ver que sufres.
Tus ojos, con dulzura, van bebiendo
el dolor que alborea con el día.

La luz duele en la sien, mas tú la amas.
Te hiere el corazón, mas tú lo entregas
como un fruto que ansía su verano.

Las sombras de la noche aún te llaman.
Mas tú rompes los sueños que te cercan
por vivir bajo un sol desesperado.

La ventana

No digas que no lloras, cuando miras
a ese pobre caballo derribado,
delante de tus ojos, en el hielo.
No digas que no sufres, si se queja.
He visto que querías inclinarte
y tenderle tu mano de madera.
En el muro clavada, no podías.
Refrenabas el gesto de ternura.
Algo sonaba en ti, se retorcía.
¿Tu corazón? ¿Tus dedos compasivos?
Suave llanto empañaba tus cristales
y tus hiedras flotantes le tendías.

Y has ofrecido casa a los gorriones,
a pájaros venidos de muy lejos.
La diminuta araña hilando vive
en una de tus sienes: tú la dejas
bordar, bajo la lluvia, pedrerías
de sueño sobre muertes, leves orlas.
Nocturnas mariposas se refugian
en ti y, dulcemente, se despiden
de la última luz y así renacen.
Yo te he visto llorar porque eras féretro
de delicadas vidas, sensitiva.
¡Oh, no era el rocío, gris ventana!

Mas sonríes también, cuando los niños
del barrio juegan, cantan, hacen ronda
delante de tu rostro tan anciano.
Aya vieja, les miras, les vigilas
y *¡Cuidado, pequeños!* tú les dices,
¡Por Dios, no tan de prisa, criaturas!
Y en tu angustia de abuela te ennobleces.
Te apaciguas al fin. Un tierno ceño
se te abre entre las cejas y, brillando,

pareces madre joven, confiada.
Amorosa sonríes a los niños
y la ronda se cierra suavemente.

Y maternal almohada le has dado
a mi dolida frente: tú la sabes
cercada por la vida y por los sueños
que no pueden cumplirse en este mundo.
Y he visto tu verdad y la he sentido
tocarme el corazón muy quedamente.
Y he mirado a la calle por tus ojos
y con tu mismo amor reconocido
la piedrecita azul, el niño rubio
y el airoso caballo que galopa.
Ahora ya no sé si soy yo misma
o si soy tu mirada enternecida.

La casa deshabitada

Las líneas de los techos,
las líneas de los suelos,
son marco del vacío
que reina en vida y sueño.
Los verdes y los blancos
maduran en su cielo
y penden, abrumados:
nostalgian esos lejos
que van contigo solos,
que van contigo lentos.
Devano yo en las sombras
madejas de recuerdos,
palabras dulces, blancas,
que no han perdido el eco.

Los retratos me salvan
las miradas que han muerto
y las suaves sonrisas
que ha anegado el silencio.
Las ventanas escapan
hacia ti, por el viento.
Cuando llega la noche,
disuélvense en lo negro
las formas que se inscriben
en engañoso reino.
El corazón naufraga
en el pozo del tiempo:
deshabitados días,
en él, se ahogan, yertos.

Romancillo para mi muerte

Viejas sangres me hincan
a tus lodos, España.
Mi raíz nace lejos:
en la noble Cantabria
y se asoma a ese valle
de la baja Navarra.
No nacida en tu suelo,
vine niña a la casa
en que todos los míos
a la vez me llamaban,
pronunciando mi nombre
con acento de raza.
Tu gran sol hizo árbol
lo que dentro llevaba.
Y el dolor hizo tuyos
mi destino y mi alma.
¡Ah, la vieja leyenda
aprendida en mi infancia
se tornó viva historia
empapada de lágrimas!
Sangre mía florece
en tus páramos, trágica:
amapola crecida
en un surco, sin agua[4].
Viento negro me trajo
a riberas lejanas.
Y quizá he de morirme
sola y triste en un alba
sin luz tuya ni pájaros.
Muerte sola me aguarda.
En romance te digo
mi más honda palabra:
si se mueren mis días
en ciudades extrañas,
que mi pobre ceniza
vuelva a ti, madre España,
por el mar, por el viento.
¡Polvo tuyo se haga!

Dos iras implacables

Dos iras implacables se acometen
en los campos de sol, en las aldeas,
en las urbes antiguas, frente a frente,
en los valles profundos y en las sierras.

Una ira es leal a los que mueren,
han muerto y morirán por esta tierra
arada con sus manos diariamente,
regada con sus hambres y sus penas.

Una ira es leal a la simiente
que aguarda todavía luz esbelta,
al surco del dolor en donde crecen
aulagas de justicia, rojas, ciertas.

La otra ira, letal, solo defiende
oscuros privilegios, siembra guerras.

Brujas

A Julieta Gómez Paz

Brujas viva, no muerta,
por ti vaga mi alma,
rondan ciertos mis ojos
las piedras de tus casas,
el aire de tus torres,
tus largas calles de agua.

Otoño y primavera
en baja voz me llaman.
Yo vengo a ti soñando
no sé de qué distancias.
Me voy de ti soñando
en largas calles de agua.

Mitad llorosa, tú,
mitad alegre, cantas,
en rojo, en verde, en gris,
melancólicas ansias.
En luz, en sombra, miro
tus largas calles de agua.

Antiguos musgos crecen
en puertas apagadas,
mas ramas vivas tocan
los cielos, las campanas
que dulcemente mecen
tus largas calles de agua.

Mi enamorado paso
transcurre, llega, calma
el corazón, su sueño,
su divagar, sus albas,
y sin prisa camina
tus largas calles de agua.

Tus ojos me dibujan
sus fondos de nostalgia:
reflejan hondas luces,
quietas, hondas miradas,

que emergen como vivas
de largas calles de agua.

Los cisnes me preguntan
tu nombre, mientras vagan
en busca de un sol claro
dormido en la distancia.
Yo callo, sí, contemplo
tus largas calles de agua.

Estas caídas hojas
no sé qué amor emanan,
estos peldaños negros
donde el tiempo resbala...
El sueño, azul, se aleja
por largas calles de agua.

Hondo Sur

¿He de cantar llorando lo vivido
en las tierras del Sur por tantos años?
¿Exaltar el amor que aún se esconde
en los íntimos ojos, retirado?
¿Devolver el dolor a su mortaja
de días y de noches? ¿Acallarlo?
¿Denunciar el silencio de este siglo,
la crueldad o el olvido de los blancos?
¿Avivar el rencor o la paciencia?
¿Estar con el muslim o el resignado?
¿De su nada aflorar todo lo muerto?
¿Solo a los hombres vivos dar el llanto?

¿Componer elegías a las ruinas,
melancólicos versos al pasado
que sobrevive aún en las riberas
del viejo río, lento, ensimismado?
¿O recorrer los bosques sumergidos
y con el musgo hablar o con los pájaros?
¿Respirar lo que fue en todo el aire?
¿O descubrir la sombra que dejaron
en las viejas paredes albañiles
torsos negros, oscuras, grandes manos?
¿Remover las cenizas insepultas
de la antigua mansión en que ardió el rayo?

¿Desgrabar cementerios y sus nombres
alzar a nueva vida en nuevo canto?
¿O reflejar las luces de la tarde,
el último resol en los remansos?
¿Mirar en los espejos que se salvan
de la herrumbre del tiempo como náufragos
de unas aguas remotas y profundas?
¿Mirar en los azogues empañados?
¿Navegar en su hondura quedamente?
¿O entrehallar en las ciénagas los pasos

del viejo plantador que no volviera
al lar de su vivir y su trabajo?

¿O recontar proverbios que balbuceen
las viejas madres negras? ¿Recordarlos?
¿O sus nanas orear junto a la cuna
que el abuelo talló cuando era esclavo?
¿O repetir sin voz lo que el oído
no se atreve a escuchar del grueso labio?
¿O los *«blues»* de tristeza, dulcemente,
en suaves melodías transformarlos?
¿Del sueño espiritual, del salmo bíblico
verter su mansedumbre en suave cántico?
¿O al grito de combate o de violencia
unir el corazón desesperado?

El hondo Sur, el Sur que yo he vivido,
emerge para España en este canto.
¡El dolor español, el dolor mío,
con el dolor del Sur, unificados!
(La esperanza, también, callada y honda,
va por dentro del alma, por debajo.)
Al llorar y al cantar —¡ oh viva sangre!—,
el amor y el dolor en gran abrazo
claman juntos y vuelan por el mundo,
buscando corazones, enlazados.
¡El hondo Sur, aquí, con su hermosura,
su dolor, mi piedad, en lo más claro!

Final (Los engaños desdoblan sus espejos)[5]

Los engaños desdoblan sus espejos,
multiplican en haces lo soñado,
lo que imagina el ojo o el oído:
un libro —¿antisonetos?— se proyecta.

¿Poesía, estos versos? Gran engaño
me parece su busca, hoy y siempre.
Si no máscaras, sueños que inventamos
para no ver —¿o ver?— lo que está vivo.

Si se engaña el poeta con su alma,
con sus tras-ojos claros, tras-oídos,
¿cuál es la realidad que nos trasvive?

Engaños o verdades en las cosas
a más amor inducen: más tristeza
anida desengaño en la esperanza.[6]

Los cielos interiores

Hacia los otros voy, desde mis dentros[7],
buscando un alto amor, amor más puro,
rompiendo soledad con el impulso
que a más vivir anima y sentimiento.

Nostalgia tiene el alma de otros cielos
humanos, hondos, vivos, quizá oscuros,
de un alto corazón, ansiado mundo.
¡No me basta mi yo, no basta el sueño!

Hacia ti, hacia él y hacia todos
camina el ser temblando de ternura,
cantando libertad, cantando gozo.

Los cielos interiores no renuncian
a cambiar los mensajes de sus fondos
y en vivo amor su soledad profunda.

La sombra transparece

La sombra transparece: se aposenta
entre el cuerpo y el alma... Espectralmente
parece convivir con el misterio.

¿Avanza? ¿Retrocede? ¿Dónde sueña
indagar o buscar o, traspasando
lo imposible e inútil, estar viva?

El corazón penetra, sin saberlo,
la frontera impalpable, cristal puro,
entre el cielo y la tierra, sangre y alma.

Se afirma una verdad insobornable:
esa altiva certeza que esperamos
imponerse fatal, cual luz soñada.

Autorretrato

Ya la ceniza gris se torna blanca,
aureola tus sienes y tu frente
con resplandor de otoño que se evade
mas que aspira a vivir aunque anochezca.

Sin mirarse al espejo, reconocen
tus ojos su ceguera que duplica
volumen y perfiles o distancia
la realidad que palpas y descubres.

El gesto de la boca, más cansado.
Entreabren los labios la sonrisa
que no quisiera ser escepticismo.

Tus oídos el último silencio
escuchan cómo avanza suavemente
sin que nada denuncie su venida.

Y tus manos nudosas no descansan,
les gusta laborar, aún ser útiles:
hoy se niegan al reposo irrevocable
que les trae la edad o el desencanto.

Criticas sus proyectos, sus acciones:
cómo pliegan la ropa que han lavado,
cómo frotan los brillos de la mesa,
cómo parten el pan con alegría.

Y sostienen el libro que tú lees:
con maternal caricia o con sosiego
los dedos van pasando cada hoja.

El escribirles duele pero siguen
trazando los renglones que alguien dicta
desde el fondo del ser: esas palabras...

Los cuándos, los porqués aún te asedian,
las luces de la tarde, claroscuros

de ideas y pasiones. Todavía
quisieras derribar las injusticias.

Por ventanas abiertas entra el aire
del mundo, de la calle: sus rumores
invaden tus armarios y tus dentros[7],
tomando posesión de lo que eres.

No calmas tus preguntas y las vives
con ardor juvenil, con esperanza
de hallar esas respuestas que has buscado

desde temprana edad. Y sin fatiga
indagas lo imposible. Nunca cesa
el vano interrogar a las estrellas.

Aún caminas tú con juveniles
pasos senderos altos por la sierra,
entre jara y tomillos olorosos,
laderas que descienden entre pinos.

¿Es esta la vejez o te resistes
a ser lenta tortuga que retarda
el vivir que le queda y adelantas
por declives que suben a la cumbre?

Al caminar intimas con gorriones,
con el perro que guarda la dehesa,
con la veloz ardilla-cascanueces.

Y aún puedes sentarte a la sombra
de una encina vetusta que comparte
el diálogo callado de estar vivas.

En un círculo cierras cuanto vives:
no lo soñó tu sueño ni soñaste
dibujar esa esfera con tus dentros[7],
con el hondo temblor de tu nostalgia.

En torno ya de ti, sus avideces
te fingen una cárcel que no existe.
Y giran sin reposo, agrandándose.
El círculo ya toca el horizonte.

Tú, pequeña, su centro no distancias
de tu ser interior, originario.
Mas los lejos advienen poco a poco
hasta colmar el pecho con sus dones.

El corazón acepta mansamente
la dádiva del mundo: se enriquece.
Borradas las fronteras de lo humano,
el círculo ya abarca todo el orbe.

Los ríos caudales

Transparentes herencias sus caudales
han vertido en vosotros sin cansancio.
Han derramado el arpa de sus aguas
en fluviales afluentes, en remansos,
en riachuelos puros que atraviesan
los bosques más antiguos de la patria,
sin recelos esquivos en la noche,
sin diurna algarabía que despierte
al hondo pensamiento indisfrazado,
sin desdecir el canto de la alondra.

Aquí, vivas, las aguas alimentan
la sed que va por dentro del espíritu,
serpeando por venas de las sienes.
Los jóvenes las beben y no sacian
su sed de más hondura, sed de vuelo,
de espejos que atraviesan ciegos ojos.
No hay cigarras que canten vanamente
a la orilla del agua que se evade
en vuestras voces altas o profundas,
en esas cancioncillas de guitarras.

Arrebatan los ríos nuestro sueño
y los pueriles miedos ya difuntos.
Vuestra clara corriente nos arrastra,
nos invita a fluir ubicuamente
detrás de vuestro canto con el nuestro.
Las humanas palabras se encadenan:
no se rompen sus goznes hermanados,
por la brisa común que multiplica
los reverentes sones transmitidos,
la rebeldía múltiple que estalla.

Verdades y palabras van sumando
sus potencias caudales o difusas.
Percepciones, ideas, nos enlazan
—familiares anillos— a la herencia
que mana secular y se transforma
en cánticos o valses o divanes,
en jardines cerrados o acordeones,

en un furioso viento que da brillo
a las altas estrellas de la noche,
a la última roca de este mundo.

Al mar fecundo vais... Y nunca es cripta,
iluminada bóveda que fluye
y acaso vuela honda a su futuro,
al despertar de siglos vencedores,
de toda oscuridad insolidaria,
de todo desamor y su abandono.
Los ciervos sobrenadan... Su hermosura
imagen es de vida y es mensaje
de creación sin término ni límites.
Los caudalosos ríos plenifican.

Vividas latitudes se entrecruzan

Con temor has viajado algunas veces.
Mas, gozosa, también paisajes húmedos,
redoradas llanuras, prados, bosques,
en trémula vigilia los cruzabas.
Por viejos pescadores, al retorno,
viste plegar las velas en los puertos:
volcadas, se dormían en la arena
las quillas argonautas y salobres.
Ciudades recorriste con nostalgia
de otras urbes distantes, conocidas
en años anteriores por tu paso.
Ay, ansiaban tus ojos calles nuevas.

Era una patria el mundo que crecía
en cada viaje tuyo, si pisabas
con amor las fronteras: sin baluarte,
erguían banderolas saludando.
Sonreían hermanos, no extranjeros,
y los mismos relojes —corazones—
acompasaban vidas y tejían
la trama de quehaceres siempre isócronos.
Y sufrían también los que pasaban
con dorados cabellos... Lo sabías.

No estabas sola nunca al ir viajando...
Cedía cada puerta, dulcemente,
si tu mano empujaba desde fuera...
Tu infancia revivías con los niños
que mirabas jugar y sus imágenes
salían a tu encuentro o te seguían.

Pisabas sin fatiga el universo...
En libertad tus ojos diseñaban
hacia dentro perfiles de recuerdos:
aquella altiva torre que admiraron,
la entrecortada almena derruida,

el lacerado frontis de un castillo
que soñaste de niña desde un cuento...

¡Cuántas lluvias recuerdas que brillaban
en las noches oscuras de tus viajes!
¡Cuántos soles dejaban en tu frente
esa morena marca de alegría!
Y también el silencio de los claustros
se refugiaba dentro de tu alma,
salvándola del tráfico maligno.
¡Cuánta paz se escondía, madurando!
Asilaban susurros los violines
en la memoria acústica, suavísimos.
¿En dónde los oyeron tus oídos?
¿En qué país del Sur o del Danubio?

Vividas latitudes se entrecruzan
en el ser que ha viajado por el mundo
con avidez no frívola, profunda.
Se ha extendido el vivir y, dilatado,
circunvala el espacio, los caminos
aúna y tensa, fiel, como si fueran
las delicadas cuerdas de esa[8] arpa
que vibra en los países convocando
a recorrer la tierra, solidarios:
despereza al viajero y lo liberta
del tétrico rincón, de la posada...
¡Que el sopor se repliegue a la caverna!
¡Hacia el mundo, otra vez, con todo el aire!

El bosque

Has entrado en el bosque... Los caminos
se abren sus secretos, uno a uno.
Con timidez comprendes lo que dice:
es la antigua lección de la alegría.
Solo basta mirar cuanto se ofrece
a tus amantes ojos: el milagro
solar en cada rama o florecilla,
el perfil de la luz y sus fronteras,
esa joven ternura de la hierba.
Solo basta escuchar ese silencio
de la raíz profunda que da vida,
de la savia que avanza tan segura
por los leñosos troncos y hojas leves.
Te inclinas a la tierra... Con tus dedos
la tocas, la sopesas, la deslíes.
Corazón diminuto es cada grano:
parece palpitar íntimamente,
junto al suyo que sabe descubrirlo
con un gesto de amor, clarividencia.
Hay fresca juventud en cada poro
aunque vieja parezca su corteza,
remoto manantial que no se extingue.
El pinar es escuela donde aprendes
a esperar a la muerte, cada día,
con el alma serena y sin tristeza.
El retorno a la tierra es nacimiento.[9]

Tus signos son secretos[10]

Ingenioso, tu instinto se burlaba
de intelectuales búsquedas inútiles.
Colores tú querías para el juego
purísimo y vibrante de tus óleos.

Enajenadas almas, tus maestros:
sobrerreales líricos del verso,
poetas del absurdo y de la pólvora,
hostiles anarquistas... Bancarrotas
buscabas para el arte, para el culto
de toda tradición. ¡Ah, los Museos
eran criptas o templos desdeñados!

La realidad ¿qué era?
Más allá la intuías de volúmenes,
periclitadas formas de la imagen
sabida, conocida, sopesada,
a compás, con escuadra y astrolabio.
El maíz era dueño de un oído.
La granja no era campo ni sembrado,
pues los astros crecían en la tierra,
irreal, subjetiva, solo tuya.
Arlequines poblaban equinoccios
de esquemáticos circos jubilantes.

El indio americano sus dibujos
te regalaba en dádivas de fresca
afinidad y gracia neolítica.
¿Africanos artistas te inspiraban?
Complejas son tus obras y las vemos
con ansiedad de error, equivocándonos.
Tus signos son secretos que te guardas,
paradojas de risas y terrores.
Tus murales asombran a los sabios.
Solo niños entienden lo que dicen.
Con nuevos anteojos tu universo
vagamente explicamos a la dicha
del porque-sí anónimo mas tuyo.
Callado siempre estás y, silencioso,
reservas tu mensaje y no obstruyes

al que interpreta, libre, lo que pintas:
embriones y grafitos, elementos,
rudimentarias cifras prehistóricas,
los sólidos pigmentos infalibles,
seguros y precisos, reticentes...
¿Composiciones? ¿Cuadros? No te importan
profundidad ni espacio, negligente.
Infantiles siluetas se entrecruzan
con soles, volatines, pajarracos,
madréporas, amebas espasmódicas,
sinuosos filamentos o zarcillos,
las larvas y pelotas que de un sueño
han saltado a la vida por tu magia
sincera y humildísima.

Tú nada re-inventas, pues tú creas
—como el niño o el hombre primitivo—
ese lenguaje único sin tiempo:
lenguaje que olvidamos tantas veces
para hablar de los dioses o de Cristo,
de sofismas y fórmulas pragmáticas...
Lo inexpresable es óleo que tú firmas:
irrealidades líricas, sapientes,
germinaciones hondas, secretísimas.
Tu completa inocencia nos invade:
el infantil arrobo ya olvidado.

La piedra disonante

Para Manuel Ortiz Serra

La piedra es una lira disonante
que hiere los oídos si entrechoca
con otra o es lanzada desde lejos
sobre alguna cantera de granito.
Su deseo es vibrar, sonar acaso
cual música primaria renacida,
ancestral poesía de cavernas
o criptas funerarias socavadas.
Si acercáis el oído, sin mirarla,
la piedra suena órfica por dentro
con callada trompeta milenaria,
caracola argonauta y reverente.
Su órgano disuena pues no sabe
ni solfeo ni música mas vibra
con la sed interior de ser oído.
Inmortal ignorancia de la sílice.

Ritos, cifras y evasiones

En concéntricos círculos el total universo
rodea tu vivir, tus dentros[7], cuanto sueñas.
Oscuras intuiciones te rondan, te suplican.
Anhela definirse lo que piensas de noche,
al despertar el día los ramajes del viento.

Tú quieres explicarte lo explicado por otros
siglo a siglo: crear cosmogonías con sombras
entrevistas en grutas, fosforescentes ritos
con la luz contemplada o sentida en la frente,
con la pura belleza que es ropaje del alma.

Invocar los orígenes, los viejos elementos
tantas veces cantados —ensoñados—, la tierra
que pisas con amor o con vergüenza súbita.
Descender a las cuevas en donde crece el musgo,
presentir la humedad como un profundo aliento.

Y los hondos volcanes te llaman con su cráter
para mostrarte el fuego que en su fragua reluce.
El viento te defiende: no te queman los bordes
de la atracción extraña que a tus ojos impele.
Y bajas la ladera con terror y en silencio.

En la ciudad te aguardan los rostros de las cosas.
Los alimentos signos conllevan o translucen.
Los mostos dan lecciones de fe, de convivencia.
Las cifras corporales proclaman evangelios
que nacen con el hombre y su vivir trascienden.

Mas el tiempo transcurre y evadirse quisieran
los humanos —disienten— de cepos y ataduras.
Las manos sueñan alas. El ser, advenimientos,
lejanas asunciones, transparencias y raptos,
abolición de cárceles... La evasión es su reino.

No llega a ser ceniza lo que arde

Arde el alma, a veces, y su fuego
al quemar no consume lo que siente,
no llega a ser ceniza ni respuesta.

El cómo y el porqué[11] has de ignorarlos,
y poco has de saber aunque procures
indagar lo inconsciente y qué es conciencia.

La forma se reforma y la marea
lleva y trae las olas transformándolas:
el flujo nunca cesa de sus leyes.

El sí, el no, el cuándo nos persiguen,
acucian en privado, o deniegan
la afirmación del cuerpo o del deseo.

¿Sucede o no sucede cuanto ocurre
sin que lo sepas tú —el ser que eres,
que piensa o se arrepiente de la duda—[12]?

Te arde el corazón, sin llamas, dentro...
Sensibles experiencias lo estremecen
y en su hoguera sus sombras va quemando.

Preguntas y respuestas se confunden
en un mismo amasijo de mudeces
que arden sin ceniza pero queman.

Los perplejos hallazgos

Mis ojos no te hurtan las herencias
que en óleos y acuarelas nos dejaste
para todos, abiertos a tu dádiva.

Te llevaste las dudas que callabas,
los perplejos hallazgos, el transcurso
de cuanto significan tus colores.

Has grabado en nosotros, sin embargo,
unas formas, deslindes y volúmenes,
no engañosos espacios de tristeza.

Redivivo, nos bastas y nos juntas
en un mudo admirar sin turbaciones
los paisajes, las frutas, los objetos.

El paso de las horas va fluyendo
a un jamás en que reinas verdadero.
Nos otorgas la gracia en tu legado.

Coda final

Entresueñas la vida si la cantas
en manojos de versos que son tréboles,
el vilano que deja lo ya ha ido.

Raíces diminutas ya recrecen
en delgadas fisuras de los días
que inolvidó la noche más lejana.

Fabularios de infancia contrasignos
dejaron en el fondo de los ojos,
en el doblez sensible del recuerdo.

En Altamor cantaste… No eras pájaro,
pero tu voz se alzaba desde dentro
al mirar a la tierra y a las nubes.

Brotaba la canción y no era musgo
que lavara a la lluvia en primavera
o redorara el viento del otoño.

Nacía sin edad y remontaba,
casi triste, gozosa, aires últimos,
balbuciente, profunda, despidiéndose.

Altamor de la vida, son del agua.
Altamor de la muerte, son del tiempo:
esa coda final en que renaces.[13]

Extraño héroe

Brillaba el sol de mayo y tú ascendías
por la lisura ardua de la torre
—el acero, el cemento bien medidos—,
asiéndote a ranuras rectilíneas
con los garfios calzados y tus manos.
La multitud, abajo, recontaba
los pisos por ventanas ya subidas...
Paraban autobuses,
furgonetas y coches, todo el tráfico,
por mirarte subir como una hormiga,
diminuto hombrecillo que escalaba
mil trescientos cincuenta pies de altura,
en solitario reto sin ganancia,
ni trofeo, ni premio, ni corona:
el solo desafío con la torre,
erecto centinela de la urbe.
No es el vuelo tu estímulo:
solo el riesgo que excita como un vino
hasta subir al cielo. Nos saludas
desde tu percha aérea y nos deseas
felicidad, salud, amor fraterno.

Escalador intrépido de altísimos
niveles insoñados, ¿quién, quién eres?
Tu madre habla por ti y al fin sabemos
que de niño trepabas a los árboles,
altozanos, cabezos peligrosos,
los riscos más agudos y heridores.
Juguetes para niños tú diseñas:
es tu pan, aunque dicha les regalas.
Al volver a tu casa te divierte
trabajar con cristales de colores
para crear las lámparas que enciendes.
Bellos viveros haces para peces.
Te gusta pasear en bicicleta
y recorrer tu barrio exhalándote.
La independencia es norma de tu vida,
el acicate diario que te mueve
a competir contigo mismo solo:
ni baloncesto, fútbol ni pimpones

reclaman tu valor y tu constancia.
No quieres oponerte a ningún otro,
ni agresivo sentirte... Sin contrario,
te vences o te ganas o te pierdes.

Terminó la ascensión y tú bajaste
a la asombrada calle... Sonreías
cuando absolutos guardias te llevaron
a una celda de cárcel con oprobio
por el terrible crimen
de haber soliviantado los espíritus
de ciudadanas gentes.
Con esposas, tus huellas digitales
dejaste tú en un libro: te 'fichaban'
por ser extraño héroe
que emoción regalaba, sin ser robo
su vértigo ascendente y casi alado.
Rompieron tu cadena, libertándote,
un justiciero alcalde y sus munícipes.

Como alondra volviste a la alegría
de aleros voladores y a los vidrios
rojiazules o verdes de tus lámparas,
a dibujos de gnomos y de ardillas...
La rauda bicicleta te esperaba
y en los bosques los árboles amigos.

Cementerio de los Ingleses

(Elegía a Jorge Guillén)

Entre flores y frondas acostado,
imagino que duermes y que esperas
volver a despertar por la mañana.

Una grieta, en la losa que te cubre...
¿Abierta por tu mano, luz buscando,
o clandestina lluvia te requiere?

Debiera convocarte... Es mediodía.
El cielo es un gran círculo: corona
de malagueño azul paradisíaco.

Volver a pasear... ¿Aún recuerdas
las idas y venidas amistosas,
los felices convivios y sus diálogos?

He dejado una rosa en la hendidura...
Si la raíz brotara de su tallo,
hasta ti llegaría su perfume:

la belleza del mundo que tú amaste,
la exacta perfección a que aspiraba
tu enamorado cántico de vida.

La palabra es un dios

A Miguel García Posada

La palabra es un dios que nos domina
con extraño poder y desde dentro
sus signos y rituales va oficiando.

Enmascara las dudas con imágenes
que surgen misteriosas, profundísimas,
anhelando exhalarse en unas sílabas.

Inerme y entregada crïatura,
aceptas tú dictados luminosos
o tristes balbuceos y nostalgias.

Carismáticas voces ya son versos
que no puede borrar ni, desnacidos,
volverlos a la sombra silenciosa.

La palabra es un dios a quien tú sirves
en ese altar o mina que socava
un subterráneo río: tu destino.

¿Qué dice la metralla?

Su mensaje de muerte
se hace sangre:
esa herida mortal
en estallido múltiple.

Desvanecido joven ha callado
su queja, su protesta
de ser víctima.

Flores últimas, llantos,
le acompañan
a la paz verdadera de la piedra.

La bárbara metralla
rompe vidas...
¡No puede asesinar jamás los símbolos!
Alegoría cruel,
crucifixial retablo de guernicas,
más allá de la muerte y del silencio.

Plural designio

«En un plural designio» tú defiendes
a los que aún no tienen
el don de la palabra.
Con la tuya denuncias los malignos
estigmas que los hieren, la pobreza,
los daños que ellos sufren.

Con tu amor los abrazas y los unges.
Con agua pura lavas la miseria
de sus cuerpos tan tiernos: los amparas
con tu verso-rocío y el diluvio
de tus ardientes lágrimas.

Estamos a tu lado
y al lado de las madres y de todas
sus lunas fervorosas.
Al lado de su sangre y su recinto
para la humana estirpe y su cimiento.

El nacer doloroso tus versos reivindican,
«*la salida a la luz*» de la existencia:
ese niño, el hombre de mañana,
temerario o pacífico.
Presientes los naufragios y los triunfos
después del nacimiento que es bautismo
de sangre protectora.

A ser amamantado tú defiendes,
el derecho ancestral de todo Infante:
la leche que, materna, nutre vida,
amor originario que trasciende.
Ha de ser el latido que le escude
contra males y riesgos.
Alabas tú el seno que es la fuente
O río que fulgura
con transparencia láctea.

Y demandas un nombre
para el recién nacido
—¡no ser niño de Inclusa!—,

con voz de timbre cálido
que aspira a la justicia.
En nombre del amor
certifica por siempre
que un niño-hombre existe.

Y pides para él
los juegos que merece
y que le harán feliz
y tanto como un pájaro.

No te olvidas de nada… También pides
el derecho a la escuela,
a los libros y herencia de belleza,
de la sapiencia antigua,
raíz de su futuro.

Y ruegas que las niñas
sean plenas mujeres
que glorifiquen, altas,
los dones que son suyos.

Sea el hijo amigo de sus padres
en íntimo derecho.
A no nacer lo tiene
si el amor no le engendra.

Riqueza es el niño
de todos los que viven
en el planeta-tierra.
Y a todos pertenece
el cuidar de su infancia:
humanitaria deuda de la estirpe
contra toda orfandad y todo llanto.

Y todos le debemos
la paz y la alegría,
patrimonio común, y la concordia,
los sentimientos dulces y fraternos.

La pareja le debe
no «*oscuras prehistorias*»:
luminosos futuros,

los jardines abiertos al mañana,
jamás terribles guerras.

En el amor unidos, los dos cuerpos
son cuévano fecundo
que ha de parir la vida
de un niño protegido,
saludable y dichoso que quisiera
ser inmortal y bueno
y no menos sapiente.

El porvenir se forja
en su sangre arrobada.
Hacia la luz con él
nos dices que vayamos.
Y tú nos acompañas
con tu canción de cuna y de esperanza:
contigo la cantamos al unísono.

Y las gracias te damos
por tu voz elocuente
y al mañana que sueñas
para todos los niños.
Tu dulzura disuelve la tristeza
y tu bella palabra
nos salva de hondo llanto.[14]

Marginalia[15]

He leído poemas que alcanzaron
con sus versos el alma:
eran lindes azules del espíritu,
la sensible epidermis que se oculta
hacia dentro del ser...
Una imagen, vocablos que se quejan,
esas sílabas lentas del sollozo,
la dulce maravilla del asombro,
el éxtasis del júbilo.

Dimensión de la vida que enriquece
la mía tan pequeña: la ensimisma,
la proyecta
a lejanos desiertos, vallecillos
que acunan las maternas serranías.
Realidades múltiples se suman
a mi íntimo yo, lector novicio,
ávida conciencia:
laberintos oscuros o soñados,
engañosas metáforas...
Y criaturas vivas acompañan
—al surgir de los bosques o ciudades—
en la cárcel del miedo y de la angustia,
en hondos arrabales sin salida.

Las lecturas exaltan o entristecen,
convocan a los clásicos
que en su lección no cesan de enseñarnos
esas verdades tácitas que guían.

El fuego llameante se levanta,
calcinando
nostalgias irredentas,
los adioses del tiempo.
Y las brumas se alejan, se disipan.

Mas los sintagmas nuevos,
los instantes fugaces sobresaltan,
acucian y despiertan
las dormidas latencias interiores.

Alquimias ignoradas me descubren
las nuevas construcciones axiomáticas,
ingenuos subterfugios, laberintos,
falaces paradigmas,
las dudas o señales de la música.

En concierto de amor, la Poesía
es la sangre común, hereditaria,
el legado que hermana: transfigura
sufrimientos y gozos en palabras
—revelaciones súbitas—
que salvan de la muerte lo vivido,
lo por soñar aún en otro mundo.

Corona de laurel a vuestro canto
—o sencilla guirnalda—
mis versos marginales quizá sean.

Despertar

Me despertó a la vida
el grito de mi madre.

Su dolor era un signo
que firmaba en mi frente.

Ya mi sangre sabía
que era imagen desnuda:

el buitre prometeico
en el alma excavado.

Ya nacida, lloraba
por mi madre doliente:

así daba las gracias
con mis primeras lágrimas.[16]

Ciudadanos del Reino[17]

Humano celuloide... Cine vivo
que transcurre fugaz aunque parece
interminable cinta repitiéndose:
el nacer y el morir se dan la mano
sin ceremonia alguna.

Ni director ni cámara, sincrónicos,
ordenan, testifican... El desfile
de los cuerpos que pasan como sombras
—que no lo son ni han sido—
por esas calles últimas del pueblo
y arrabales sin nombres, sin aceras…
Por la ciudad, sin luz o iluminada,
que rueda sin cesar
a su final ignoto o esperanza
de yacer en los mapas sin borrarse.

Escenas hay, a veces, familiares
y encuentros que sorprenden, alegrías,
abrazos y hasta besos...
Y disparos en otras, aniquilan
imberbes crïaturas,
a niños que jugaban en las plazas...
La cinta sigue y sigue su rodaje,
por sí misma fluyendo como un río
que busca un porvenir en su ignorancia
de límites y cauces, de algún puerto,
designio indescifrable.

Humano celuloide de la vida
ese gran teatro de las urbes:
apenas transparente, nos implica
en su transcurso —todos, cada uno—:
personajes apenas entrevistos,
intuidas siluetas, vagamente,
en el drama tan hondo de la Historia
que cada vida asume al ir viviendo
para morir sin fecha señalada

ni lápida que grabe heroicidades
de tan solo existir día por día.

Y pasa el traficante, dadivosos
cristianos o budistas
que miran hacia dentro de sí mismos,
el delator, felones, humillados,
aduladores, necios, los hipócritas,
los insumisos jóvenes,
aquellos que conspiran disfrazados
de monjes obsoletos.
Y tipos arrogantes sobremiran
al viandante común y, displicentes,
con parsimonia cruzan los umbrales
del club social o tienda prestigiosa.
Con donjuanesco porte y ademanes,
el amoroso va buscando presa.
Enamorado amante y lleva rosas
a la novia que espera en el suburbio.
El suspicaz, después, el desconfiado
que de soslayo mira al sospechoso.
¿Acaso es criminal quien va corriendo,
alterado, veloz, desfalleciente?
¿Pudiera ser poeta el distraído
que por mirar al cielo se tropieza
con farola y guijarro inoportuno?

Tú miras la riada... Muchedumbre
que quieres conocer en un arranque
de solidario amor o empatía
emocional, congénita,
que a intuir te lleva los retratos,
configuradas almas transeúntes,
los anímicos dramas proyectados
por todos los que pasan instantáneos,
¡ay!, cotidianamente.

El filme nos dibuja, descriptivo,
el transcurrir de vidas paralelas,
enajenadas, solas,
libertos o perdidos eslabones
de la humana familia que tú nunca
conocerás de veras. Celuloide...

Las puertas de la Nada

Las puertas de la Nada,
días míos,
abriréis para el alma —¿viva?, ¿muerta?—[18]
que cruzará los límites
de ese umbral fronterizo
—hondo túnel vacío y en silencio—,
todavía insoñado y esperando.

Las puertas se abrirán sin bienvenida
que anuncie su llegada:
no tendrá que llamar —¡las manos, lejos!—
y entrará dulcemente
en ese espacio hueco y sin confines,
en el negror —¿blancura?— de otra esfera
o en la luz incolora de otro reino:
la Nada —¿dios sin nombre?, ¿dios extinto?—.[19]
(¿Cuál religión convence al irredento?)

Las puertas de la Nada, fatalmente,
se abrirán para todos los que vivan:
en un día de fecha insoslayable
y quedarán cerradas.

Ley de Vida

«*La muerte no es un mal.*»
EPITECTO

No temas tú la muerte. Nunca huyas
como el cobarde esclavo fugitivo
que busca el mar o busca selva virgen
para esconder su miedo o su vergüenza
al escapar del amo y sus justicias:
en ese empeño muere, no se libra
de la impuesta cadena ineluctable.

Afróntala con ánimo esforzado,
con el alma serena del estoico,
no por flaqueza tuya pues tú sabes
que es una ley impuesta por la vida,
sin que jamás la dicte juez alguno:
sentencia singular, sin excepciones
que liberten o eximan de su pena.

Con tu pobreza aguarda su venida
que el rico no detiene con su oro
o letrados que influyan y le salven.
Ni tampoco te inquiete su tardanza:
a su hora vendrá y tu destino
se cumplirá en término previsto,
sellándose tu historia para siempre.

Es la Muerte —no lo dudes— ley de Vida:
no es un mal asignado que conculca
el derecho de todos a ser libres,
iguales y fraternos ante el Hado
insobornable y recto, justiciero.
Olvida tu cadáver y tu féretro...
Espérala sin ansia y sin asombro
cuando llegue.[20]

La risa de Dios

Sonríe el silencio ya...
En ese hueco profundo
que nada sabe, ignorando
dónde está.

En esa ausencia de todo
lo que amamos una vez
con el cuerpo, con el alma,
sin azar.

¿Sonríe la Muerte ya?
¿La risa de Dios es réquiem
más allá?[21]

Sintonimias

No son frases suplicantes
ni vana palabrería:
más cerca están del silencio
que desemboca en la Muerte.

Alrededores míos

(Poema prólogo)

Alrededores míos,
dioses lares
por azar adivinados
o por designio
de voluntad ignota
o solo humano
acontecer, transcurso
del vivir asignado,
destino que contigo
nació y morirá
contigo,
hoy, mañana,
anteayer o trasnunca.

Ronda del arco iris

Aquí danza el africano[22].
Aquí danza el portugués.
Aquí danza en Zululandia
el zulú con el inglés.

En el Congo niños belgas
el tam-tam tocan también.
En Sudán hay niños chinos
y ha llegado un tailandés.

Y si vamos a Bolivia
niños hay de Benarés
que bailan con aimaraes
y niños de Zimbabué.

Se acompasan todos juntos
en la danza del francés,
y ya bailan sevillanas
y no menos el minué.

Del Japón ya han venido
y no falta el escocés,
de Dakota pielesrojas,
a bailar en el Harlem.

Todos bailan: arco iris,
mil colores en vaivén
de alegría y de canciones
que entendemos todos bien.

Son los niños que preguntan:
«Odio y guerras ¿para qué?
Orfandades y miserias
no queremos jamás ver.

No queremos ku-kux-clanes
ni guetos en Israel,
ni chabolas en el lodo,
ni alambradas en Belén.

Y danzamos todos juntos
por la Paz y por el Bien.
Arco iris que nos une
en la danza del laurel».

Esquimales de Laponia
han venido y el danés
con el sueco ya saludan
sonrientes al vienés.

Y de Helsinki y en trineo
ha venido un finlandés
y ya baila una sardana
con un niño ampurdanés.

Los cosacos dan sus saltos
que los vuelven del revés.
Moscovitas acompañan
al letón y al libanés.

Una niña de Noruega
con un niño aragonés
bailan jotas con gran brío
y no saben el porqué.

Un zorcico vascongado
canta y baila el leonés
con chavales que han venido
de Madrid y de Teruel.

Y los gauchos cabalgaron
de la Pampa a Chiloé:
danzan cuecas, bailan tangos
en parejas que son cien.

Y la ronda va girando
por el mundo... El Everest
se ha inclinado para verle
sus colores del revés.

Arco iris son los niños
que reluce sin llover
al danzar en armonía,
mano a mano, pie con pie.

¡Niños serbios y croatas
bailan ya en Budapest!
¡Arco iris que soñamos
en un nuevo amanecer!

PROCEDENCIA DE LOS POEMAS

Pájaro del trópico (*Pájaros del Nuevo Mundo*, 1946, pp. 11-14)
Sin olor (*Dominio del llanto*, 1947, p. 71)
La hermosura sencilla (*La hermosura sencilla*, 1953, pp. 9-10)
Los signos (*Los signos*, 1954, pp. 9-10)
¿Dónde el límite, Dios, de aquellas rocas? (*El desterrado ensueño*, 1955, pp. 23-24)
La aurora (*Mirar al cielo es tu condena*, 1957, pp. 51-52)
La ventana (*Debajo de la luz*, 1959, pp. 7-8)
La casa deshabitada (*La casa deshabitada*, 1959, pp. 11-12)
Romancillo para mi muerte (*Elegías*, 1961, pp. 88-89)
Dos iras implacables (*Corral de vivos y muertos*, 1965, p. 83)
Brujas (*Donde el tiempo resbala [Romancero de Bélgica]*, 1966, pp. 9-11)
Hondo Sur (*Hondo Sur*, 1968, pp. 11-13)
Final (Los engaños desdoblan sus espejos) (*Los engaños de Tremont*, 1971, p. 195)
Los cielos interiores (*Las hiedras del tiempo*, 1972, p. 34)
La sombra transparece (*El corazón y la sombra*, 1977, p. 89)
Autorretrato (*Diotima y sus edades*, 1981, pp. 164-167)
Los ríos caudales (*Los ríos caudales. Apología del 27*, 1982, pp. 11-12)
Vividas latitudes se entrecruzan (*Manhattan y otras latitudes*, 1983, pp. 52-54)
El bosque (*Retorno a Magerit*, 1983, p. 80)
Tus signos son secretos (*Poemas a Joan Miró*, 1984, pp. 9-11)
La piedra disonante (*Forma de esperanza*, 1985, p. 16)
Ritos, cifras y evasiones (*Ritos, cifras y evasiones*, 1985, pp. 7-8)
No llega a ser ceniza lo que arde (*No llega a ser ceniza lo que arde*, 1985, p. 74)
Los perplejos hallazgos (*Los perplejos hallazgos*, 1986, p. 53)
Coda final (*Altamor*, 1986, pp. 97-98)
Extraño héroe (*Gradiva y un extraño héroe*, 1987, pp. 43-45)
Cementerio de los Ingleses (Elegía a Jorge Guillén) (*La estación del silencio*, 1989, p. 45)
La palabra es un dios (*Un dios que nos domina*, 1992, p. 61)
¿Qué dice la metralla? (*Patrimonio de ciegos*, 1992, p. 56)
Plural designio (*El don de la simiente*, 1993, pp. 35-38)
Marginalia (*Marginalia*, 1994, pp. 11-12)
Despertar (*Antes que las palabras*, 1996, p. 14)
Ciudadanos del Reino (*Ciudadanos del Reino*, 1996, pp. 9-11)
Las puertas de la Nada (*Senecta*, 1999, p. 146)

Ley de Vida (*Última Thule*, 2000, pp. 217-218)
La risa de Dios (*Final germinación*, 2001, p. 197)
Sintonimias (*Sintonimias del adiós*, 2002, p. 71)
Alrededores míos (*Alrededores míos*, 2003, p. 11)
Ronda del arco iris (*Ronda del arco iris*, 2004, pp. 60-62)

Notas al texto

[1] Hay punto en la edición original. Lo corregimos por coma, dado que parece prevalecer la minúscula del verso siguiente. Este poema fue recogido en la antología *Poesía española actual*, que Alfonso Moreno publicó el mismo año (Editora Nacional, 1946); ahí el primer verso se transcribe enteramente en mayúsculas y sin puntuación (p. 611).

[2] Se refiere a la flor del aromo.

[3] Se respetan la mayúscula de relevancia en «Tú» y «Tiempo». Se trata del pórtico del libro homónimo y está transcrito enteramente en cursiva, salvo el título. En el caso del siguiente poema, también el título está formateado.

[4] Este poema fue posteriormente incluido en *La estación del silencio (Elegías)* (1989), como único integrante de la última sección, «V. Epitafio» (pp. 101-102). También en 1961 cerraba el libro; los únicos cambios fueron la eliminación de la coma de este verso y la adición, al final, de la anotación «*(Escrito en el exilio)*», entre paréntesis y en cursiva.

[5] El poema carece propiamente de título: aparece indizado con el primer verso, pero es el único que conforma la sección «Final» del libro, rúbrica que en realidad se ubica en la página 193.

[6] En la misma página, se puede leer a continuación en letra menor la siguiente anotación: «Poemas escritos en Tremont-on-the-Common, Boston, Mass., en 1970-1971». No la transcribimos en el cuerpo del texto porque es evidente que no se refiere solo a este poema.

[7] Zardoya sustantiviza con cierta frecuencia el adverbio «dentro», neologismo al que atribuye matices diferentes al vocablo ya existente «adentros».

[8] Hay una discordancia de género en el original, que aquí se corrige.

[9] En el original (p. 11), se añade la siguiente ubicación: «(Casa de Campo)».

[10] En el índice (p. 55) se añade tras este título, entre paréntesis: «(Poema-prólogo)». Y, al final del poema, se hace constar esta fecha: «18-V-84» (p. 11).

[11] Separado en el original.

[12] Se añade el signo de cierre del inciso, ausente en el original.

[13] En la misma página, se añade: «El Plantío (Madrid), 1984-1985» (p. 98), referencia que apela al libro entero, dado que sigue al poema que lo cierra.

[14] En la edición original, consta esta información: «1984 (?) // (Al margen de *En un plural designio*, / de Cristina Lacasa, 1983)» (p. 38).

[15] En el índice (p. 149), se añade entre paréntesis: «(poema-prólogo)».

[16] En la edición original, el poema lleva esta fecha: «7-1-1989» (p. 14).

[17] Transcribimos este sustantivo en mayúscula, siguiendo la ortografía del último verso, y empleamos este criterio, por coherencia, también para el título del poemario. Asimismo, queda explícita la mayúscula en el índice (p. 93), donde además se añade: «(Poema liminar)».

[18] Se ha añadido la coma para justificar la minúscula de la segunda interrogación, como sí se hace en el penúltimo verso de esta estrofa.

[19] Hay coma en el original.

[20] En la primera edición, el poema aparece fechado el «3-1-99» (p. 218).

[21] Tras este último poema del libro se añade, en la misma página (p. 197): «Los poemas de FINAL GERMINACIÓN fueron escritos en El Plantío - Majadahonda (Madrid), en el año 2001, con la excepción de siete que datan de 1987 (2), 1998 (2), 1999 (2) y 2000 (1)».

[22] El poema original apuesta por transcribir todos los gentilicios en mayúscula; quizás fue una licencia, quizás un error, pero teniendo en cuenta que se trata de un texto infantil, se ha corregido para evitar que sirva de contramodelo ortográfico. Solo se mantienen las versales de los nombres propios y las mayúsculas de relevancia de la novena estrofa.